



LA MONTAÑA PELADA

VOLUMEN III

El último mono
1ª edición: septiembre del 2015

© 2015 Lluís Maria Todó por el texto
© 2015 Club Editor 1959, S.L.U. por esta edición
Carrer Coves d'en Cimany, 2 – 08032 Barcelona
www.clubeditor.cat

ISBN: 978-84-7329-195-8
Depósito legal: B 19068-2015

Diseño gráfico: Ángel Uzkiano
Corrección: José Neira y Palmira Feixas
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S.A.

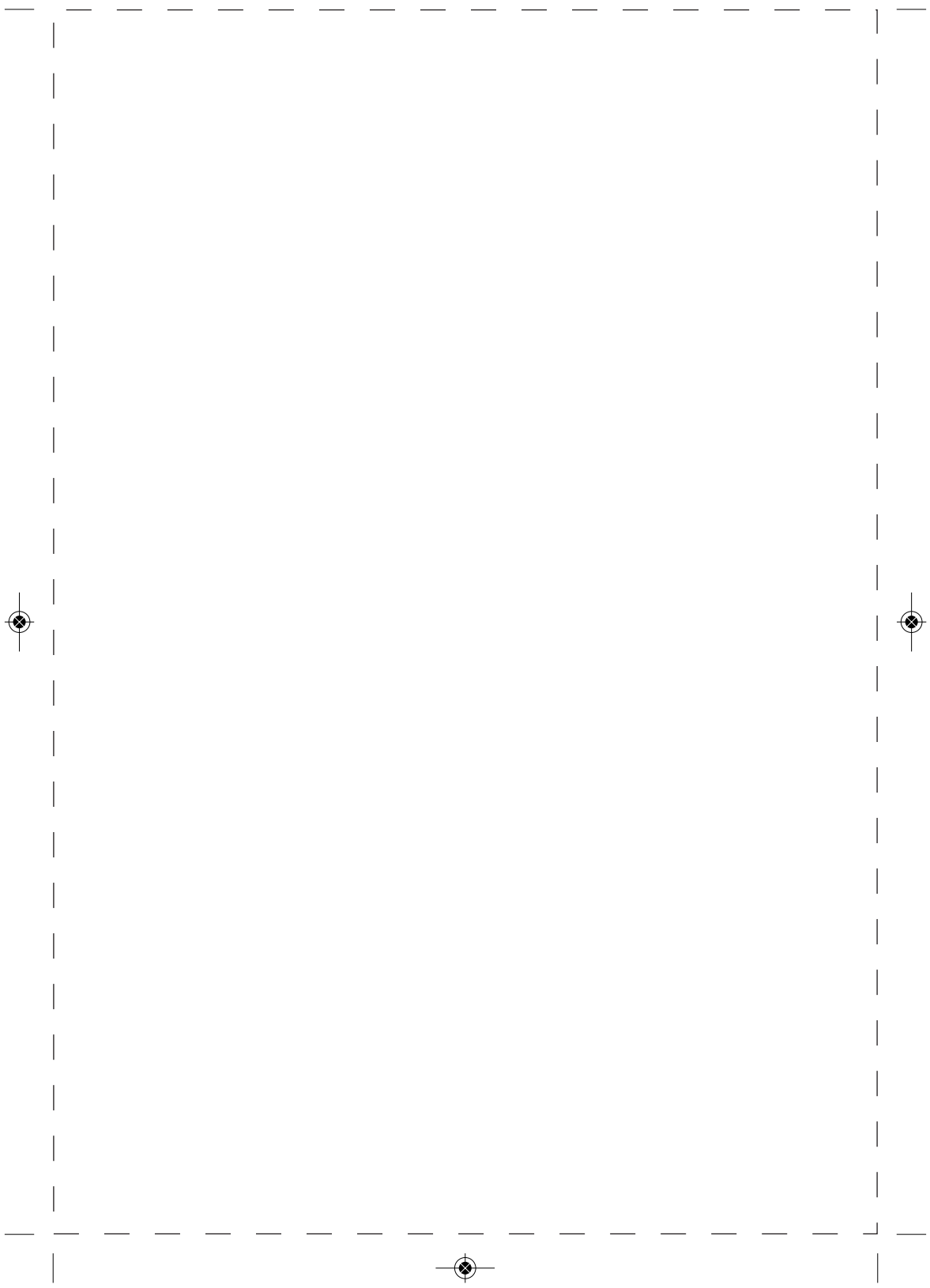
Reservados todos los derechos.

Lluís Maria Todó

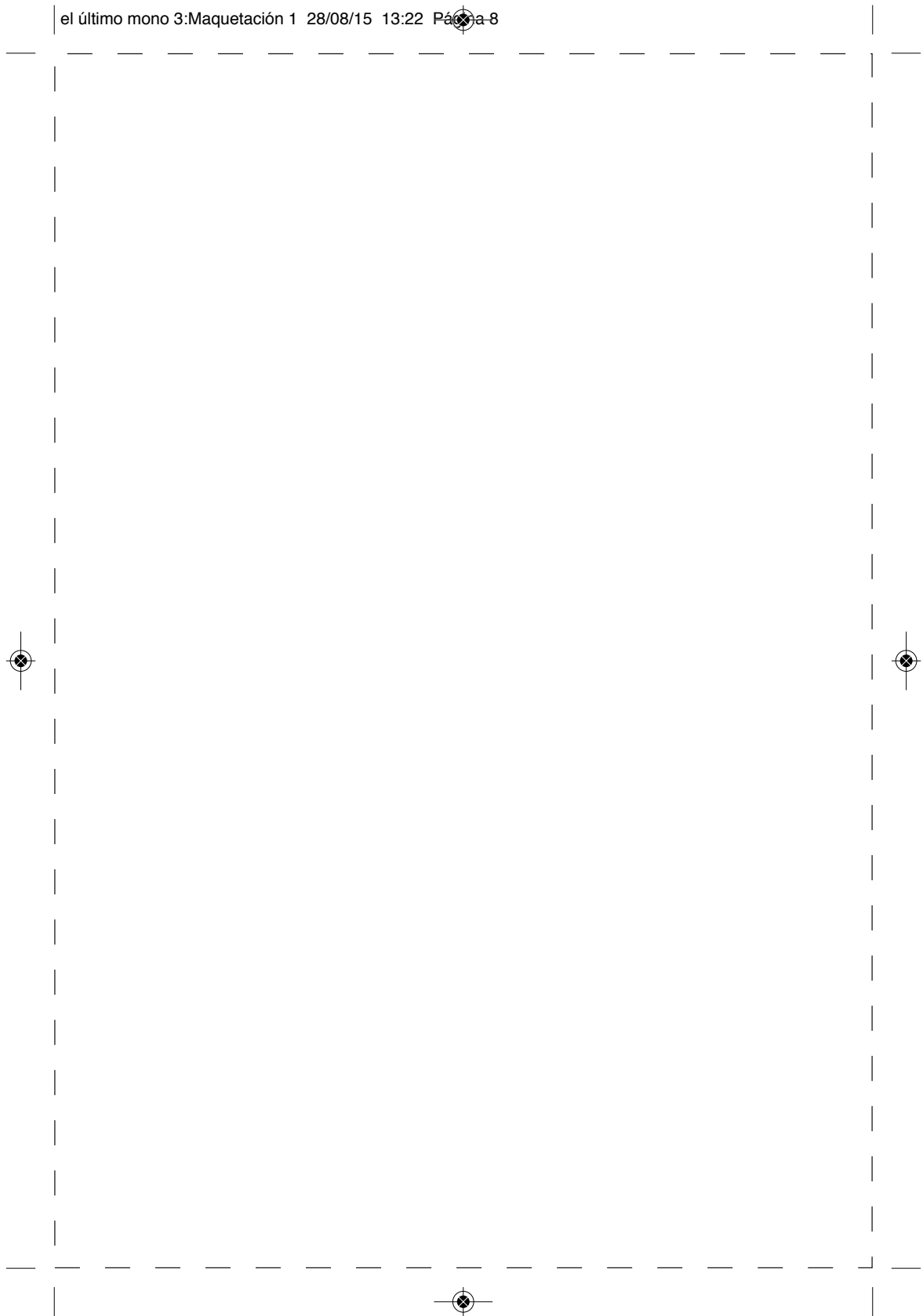
El último mono

Traducción de un texto no escrito

CLUB EDITOR
BARCELONA



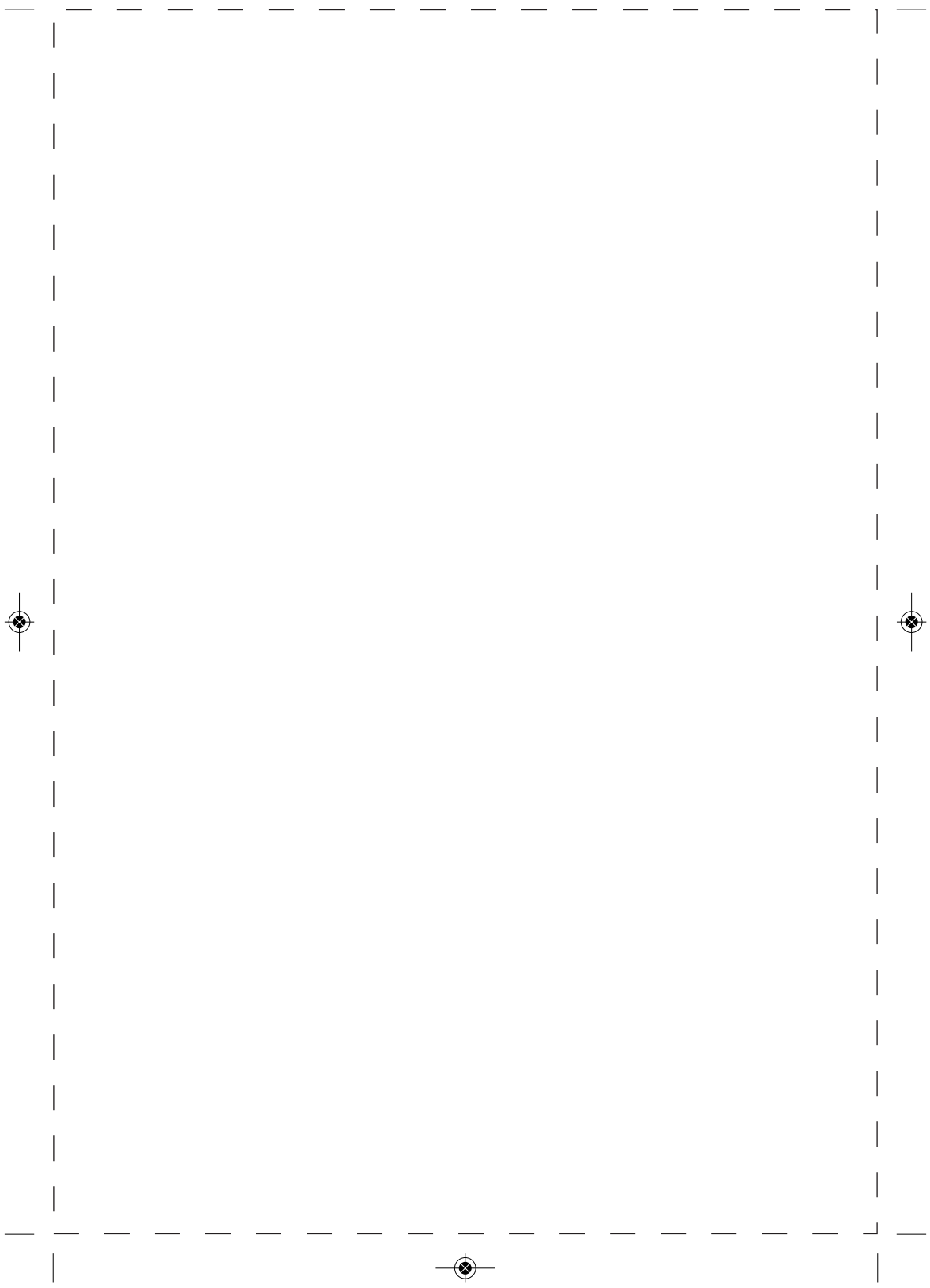
Para Alejandro



La vraie manière d'écrire est d'écrire comme on traduit. Quand on traduit un texte écrit dans une langue étrangère, on ne cherche pas à y ajouter, on met au contraire un scrupule religieux à ne rien ajouter. C'est ainsi qu'il faut essayer de traduire un texte non écrit.

La auténtica manera de escribir es escribir como traducimos. Cuando traducimos un texto escrito en una lengua extranjera, no intentamos añadir sino que, al contrario, ponemos un escrúpulo religioso en no añadirle nada. Así es como hay que intentar traducir un texto no escrito.

SIMONE WEIL



Preparativos

Estaba traduciendo la última novela de Pascal Lechamp, *Sous les pavés, la vie*, pretenciosa y mal escrita, y tratando de decidir, como suelo hacer en estos casos, si debía mejorarla y si, de hacerlo, alguien notaría los cambios y cómo reaccionaría ante ellos, cuando me ha llamado Alicia desde Mallorca para decirme que nuestro hijo aceptaba venir a mi casa para pasar los días que ha de durarle el síndrome de abstinencia de la heroína, o sea, “el mono”, como ya decimos también nosotros.

Me lo ha explicado de esa manera tan característica en ella, con su voz pausada y grave, y usando expresiones elípticas y términos neutros, pero sus precauciones han sido en vano, y la solicitud me ha sumido de inmediato en la desolación, pues equivalía a anunciarme, o mejor dicho, a confirmar lo que yo ya sospechaba, a saber, que el chico ha recaído, ha vuelto a tomar droga. O bien, reproduciendo la perífrasis que ha usado mi primera ex mujer:

—Parece que, en efecto, se han producido algunos consumos.

Esa pulcra expresión podría proceder del ámbito sanitario, o quizás del léxico jurídico, pero en cualquier caso es la que en situaciones semejantes suele usar Alicia, que es enfermera y

lleva años conviviendo con Tònia Ramis, mallorquina y abogada de profesión.

Tal vez por prurito de exactitud clínica, o por delicadeza, o quién sabe si por superstición o por alguna otra razón que ahora mismo no se me ocurre, el caso es que Alicia suele evitar el término genérico “droga”, que en cambio a mí no deja de parecerme el más apropiado cuando se trata de designar esa sustancia que tiene como nombre específico “heroína”, a pesar de no haber creado muchas heroínas ni muchos héroes, que yo sepa, sino más bien todo lo contrario: personas muy problemáticas, así como una horrible cantidad de cadáveres. Sea como fuere, yo no veo ninguna razón válida para no llamar el maldito opiáceo con su apelativo más tradicional y común: droga.

Reconozco y acepto de buen grado que cuando hablo o escribo sobre este tema, suelo exaltarme, tiendo a perder el control de mi discurso y a veces me sorprendo a mí mismo expresándome como una pobre madre de suburbio que clama a gritos su desesperación ante una cámara de televisión oportunista y poco escrupulosa: “¡La droga, la maldita droga, la puta droga...!”.

Pero por más que Alicia use esas perífrasis, metáforas o eufemismos (y los traductores sabemos detectar figuras de retórica para después decidir qué hacemos con ellas), o yo en cambio opte por ser más directo y brutal (y los padres de toxicómanos somos, o nos hacen, especialistas en este otro modo de expresión), nada cambiará los hechos, esta realidad tremenda y de consecuencias imprevisibles: ahora ya sabemos con seguridad que nuestro hijo, que tiene ya más de treinta años, ha recaído por tercera vez en el consumo de heroína.

Tercera vez al menos que nosotros sepamos, claro, porque acaso hubo “otros consumos”, como diría Alicia, o sea que el chico ha tenido recaídas que ni su madre ni yo hemos conocido porque él tuvo mucho cuidado en ocultarlas. Lo que sí puedo dar por seguro es que ésta va a ser la tercera cura de desintoxicación visible, asistida y sistemática a la que se somete, y también la primera que pasará aquí, en mi piso del barrio barcelonés de Sant Gervasi, en este apartamento en el que ya vivió cuando era niño y después, de adolescente.

Porque, como es natural, yo no he puesto ninguna objeción al plan de Alicia, considero que asistir a mi hijo cuando me necesita forma parte de mis obligaciones, y además, que pase este tercer mono aquí y no en Mallorca no deja de tener sus ventajas: mis horarios de traductor *free lance* son más elásticos y adaptables que los de Alicia, que trabaja ocho horas diarias, cinco días a la semana, en un hospital de Palma; además, el chico tiene a sus amigos y amigas en esta ciudad, por no hablar de mi biblioteca y mi colección de películas en DVD. En resumen, ha quedado decidido que nuestro hijo vendrá a pasar aquí los días, las semanas, el tiempo que haga falta hasta que se deshabitúe, se recupere y quede limpio otra vez, limpio de una vez y para siempre de drogas.

No voy a ocultar que en el primer momento he notado en mí una reacción de miedo, o al menos de severa desconfianza en mi capacidad para manejar una situación que puede llegar a ser complicada y que en todo caso es nueva para mí. Pero he procurado disimular mi inseguridad e inmediatamente le he dicho a Alicia que sí, que por supuesto, que el chico podía venir a instalarse aquí cuando quisiera. Después, y mientras seguía hablando, se me ha ocurrido que establecer las obliga-

ciones de un padre de sesenta años y pico con un hijo de más de treinta no deja de ser algo un poco extravagante, y que la tradición más bien diría que, llegados a estas edades, es el hijo quien tiene obligaciones digamos asistenciales hacia su padre.

Luego, después de colgar el teléfono y antes de volver al despacho y sentarme ante el ordenador, me he quedado absorto con la mente ocupada en la propuesta que acababa de recibir y en esa idea que me había venido sobre los deberes de asistencia de los hijos hacia los padres y de los padres hacia los hijos. He pensado que acaso me había dejado llevar por automatismos mentales inmediatos y engañosos, que las relaciones familiares, si se miran sin prejuicios y sin miedo, resultan muy distintas de un caso a otro, y por ello rotundamente impredecibles. En conclusión, más vale abstenerse de formular leyes generales sobre la familia y ser muy cuidadoso al elaborar un discurso que pretenda catalogar y sobre todo juzgar lo que ocurre en su interior. Los curas y los psicoanalistas lo han hecho y lo siguen haciendo, con el único resultado de propagar malestar, culpa y error.

Entonces, siguiendo el hilo de estos pensamientos me ha venido a la memoria aquella frase famosísima según la cual “todas las familias felices se parecen pero las infelices lo son cada una a su manera”, y he pensado que el gran Tolstói sí que tenía razón, como casi siempre, y que lo único que se podía hacer ante los acontecimientos que nos afligían a Alicia y a mí era, más que buscar causas y leyes, simplemente observar y tratar de recordar cómo se fueron produciendo esos acontecimientos. Pero, considerando la causa que hace infeliz a nuestra familia, si es que es una familia y si es que es infeliz, la bús-

queda de leyes y causas resulta en cierta medida inevitable, o al menos así ha sido para mí.

El primer mono lo pasó mi hijo junto a Iván, su compañero, o novio, de entonces, en Son Vilà, la casa donde Alicia lleva años viviendo con su compañera Tònia, abogada laboralista, en las afueras de Palma de Mallorca.

Después vino la primera recaída, aparatosa y tremenda, con el agravante de que nos pilló por sorpresa. Yo fui testigo directo de ella, y me encargué de dar el toque de alarma. Después siguió, nuevamente, la decisión de dejar las drogas, y la aceptación de ingresar en una institución especializada, es decir, que en este segundo episodio, el mono se vio modificado y mitigado por una cura de desintoxicación en toda regla, un tratamiento controlado por profesionales en un centro especializado, con sede en una masía antigua, cerca de Valls.

Esta intervención profesional hizo que, terminado el tratamiento, tanto Alicia como yo quedásemos firmemente convencidos de que nuestro hijo había conseguido vencer para siempre su adicción a la heroína, y aquella seguridad nos proporcionó la comprensible alegría, que en mi caso se vio enturbiada por una estrepitosa catástrofe conyugal, la ruptura de mi segunda pareja.

Pero ya se ha visto que el tratamiento no produjo aquella recuperación definitiva que en su día le atribuimos, y ahora, después de esta nueva caída, está a punto de empezar la tercera cura. Como le he comentado a Alicia, esperemos que el dicho resulte acertado y que a la tercera vaya la vencida. Y

que la vencida, naturalmente, sea la droga, y la vencedora la voluntad de mi hijo, que la quiere dejar y hasta ahora no lo ha conseguido.

A diferencia de cuando fue a Mallorca a buscar asilo en casa de su madre, ahora mi hijo ya no está con Iván, ni con Àlex, su segundo compañero, con el que convivió una temporada después de salir de la granja de rehabilitación, sino que vive solo, o más exactamente comparte piso con otras personas de su edad. Por mi parte, yo ya hace muchos años que no estoy con Alicia ni tampoco con Montse, mi segunda pareja, con quien conviví diez años. Ahora vivo solo, y me parece que será así ya para siempre jamás. Como se verá, la historia sentimental y conyugal de este grupo familiar nuestro es innegablemente embrollada, y espero ser capaz de convertir este embrollo en un relato que suscite interés.

Desde muy joven tengo la costumbre de llevar un diario. Al principio se trataba de crónicas, notas y reflexiones escritas a mano en blocs y cuadernos que conservo ordenados en un cajón. Después llegó la informática, que facilitó la tarea de los traductores hasta tal extremo que ahora se nos hace difícil imaginar cómo podíamos traducir con eficiencia antes de la aparición del ordenador, cuando escribíamos a máquina, haciendo copias en papel carbón y corrigiendo a base de tìpex y tachaduras que generaban innumerables versiones manuscritas, con el consiguiente derroche de tiempo y papel y una altísima probabilidad de cometer erratas y errores, incrementada aún por la inexistencia del mil veces bendito co-